

2. Federico Vegas (2007). *Miedo, pudor y deleite*. Caracas: Alfaguara.

Fabián Coelho
Tesista de la Escuela de Letras
Universidad de Los Andes

Con el paso de los libros y los años, y la sostenida atención del público lector y de la crítica literaria, la obra de Federico Vegas (Caracas, 1950) ha cobrado, irremediablemente quizá, una presencia notable en la primera línea de la narrativa nacional, incorporando su nombre a la galería de referencias imprescindibles de la literatura venezolana del último decenio.

Sus novelas, de arquitecturas complejas y minuciosas (a veces absorbentes y laberínticas), nos asoman a las interioridades de unos personajes vastos, contradictorios, densos y poderosamente tangibles, de cuyas vidas logra extraer, como pequeñas piedras en bruto, fascinantes historias, profundamente humanas, con esa capacidad innata de los genuinos narradores mantenernos atrapados desde la primera hasta la última de sus páginas. Tal es el caso de su última novela: *Miedo, pudor y deleite* (2007).

El lector de esta novela se topará con un artefacto (un libro, 208 páginas, silenciosos abismos interiores, vértigos secretos) de engañosa e inofensiva apariencia. Aunque un libro nunca ha sido, precisamente, inofensivo, sino más bien una latente y temible amenaza de la que ya sabían la Inquisición (su turbia intolerancia católica) y Bradbury (*Fahrenheit 451*: delirante fábula distópica), y que, muda sobre el anaquel de una biblioteca, espera su turno para hablar, para decir. El caso de *Miedo, pudor y deleite* es el de uno de esos temibles libros que atentan no contra un sistema político o contra el orden establecido de cierto grupo económico, sino contra esos artificiales equilibrios interiores con que solemos engañarnos, que amenazan con hacer tambalear nuestro mundo, con interpelarnos implacablemente y sin descanso, sin ofrecernos respuestas sino, más bien, acosarnos incesantemente con interrogantes.

El lector que sucumba a la efectiva y lacónica sinopsis de contratapa del libro —sorteando (obviando) los extraviados comentarios

firmados que más abajo respaldan la carrera y el acierto narrativo de Vegas— se encontrará con la enigmática fascinación de los más terribles espejos: “Una crisis matrimonial que no se resuelve busca su salida desesperada en un viaje a Madrid. Desde la llegada al aeropuerto de Barajas, la verdad inevitable confrontará a esta pareja con sus más secretos fantasmas”. El eficaz resumen, que peca de mezquino por la deliberada intención de abrir apetitos inconfesables en la avidez del lector, logra su propósito inmediatamente. A partir del momento en que el lector abra el libro en la primera página, caerá cautivo de la voluntaria esclavitud a que empujan las buenas narraciones.

La historia de una pareja que asume el viaje como forma de ensanchar ese delgado filo por el que camina la estabilidad, desapasionada y rutinaria, de su matrimonio, nos asoma, sin tardanzas, a uno de los temas universales de la literatura y a uno de sus más antiguos motivos: el amor y el viaje. Pero el amor aquí visto no como ese tibio refugio del idilio, o como esas pasiones que buscan, románticamente (irremediablemente), afirmarse por encima de todas las cosas superando todos los obstáculos, sino, muy al contrario, como descampado, como intemperie, como desnudez de los afectos. Una desnudez, no obstante, ultrajada en la deslealtad del hombre y en la absurda altivez de la mujer. Por lo tanto, el amor se mostrará aquí bajo el signo del desengaño: su más amarga faceta. Maltratado y vejado, el amor entonces se revela verdugo, en un último acto de dignidad, de la voluble palabrería del amante infiel, de sus infinitas (vacuas) promesas de escarmiento (las del hombre), y de una inútil resignación (la de la mujer).

El manifiesto asco —en ascenso exponencial— de la mujer por la vana y hueca retórica del hombre es, en todo caso, un triunfo definitivo (una venganza cruel) de la dignidad del amor ante el soberbio desprecio del hombre por la lealtad y la honestidad como máximas expresiones (como máxima desnudez) de la pureza de los afectos. Una necesidad de lavarse de culpas, de buscar la purificación (pienso en la metáfora del fuego y el mito del ave fénix) será lo que rija el periplo de esta pareja, desesperada (desamparada) en su peor crisis matrimonial. Los interroga, a cada momento, a cada salto de página, a veces entre líneas, a veces expresamente, la conciencia (el

presentimiento) de la inevitabilidad de que definitivamente la llama se pueda extinguir, de que de este intempestivo viaje no surja (no quede) sino una resolución final que los absuelva o los condene a esa carcelaria sentencia de “hasta que la muerte los separe”.

Quizá uno (otro) de los aspectos más interesantes y más terriblemente acertados de la novela de Vegas sea esa narración a dos aguas a través de la interioridad de cada personaje, hombre y mujer (que sólo recuperarán la incompatibilidad de sus nombres hasta el último (revelador) capítulo), como dos disociadas (divorciadas) formas de percibir la realidad, la vida, el mundo. Cada cual se sumerge en sus recuerdos, en su pasado. Cada cual hace su propio viaje a la interioridad de sus conciencias. Son escasos los momentos en que verdaderamente interactúan, en que sus diálogos tienen verdadera sustancia. Al contrario, cada uno parece estar replegado sobre sí mismo, en un mutismo selectivo, donde lo más importante (lo más trascendental) siempre es callado. El matrimonio es, dice Javier Marías, repite Ignacio Echevarría, una “institución narrativa”:

En el marco del matrimonio (o de la pareja estable, para aliviar al asunto de su carga sacramental), el “otro” se convierte en recipiente del relato que cada uno hace de sí mismo. Un relato que al otro, como “lector”, le corresponde respetar en términos generales, aun si, como todo relato, posee sus zonas oscuras, sus silencios, sus debilidades, sus trucos y engaños, sus motivos recurrentes, sus efectos de estilo (Echevarría, 2009).

Cuando estos relatos personales entran en crisis (mentiras, desengaños, zonas demasiado extensas plagadas de silencio) el matrimonio, por consiguiente, flaquea. De modo que será la lucha interior por *poder decir* lo que trace el itinerario íntimo que realizará la mujer por secretos (silenciados) territorios de su conciencia: la ausencia de su madre, una ocasión desperdiciada (despreciada) con algún amante en razón de una extrema vanidad inoculada insospechadamente. Se hace (se revela) necesario *encontrar las palabras adecuadas* para poder demoler el discurso del otro, para desestructurarlo, para fulminarlo. Para destruirlo. Dice Cadenas, en un poema tan terrible como los espejos y, por ende, tan terrible como este espejo disfrazado de novela que es la obra de Vegas: “Destruye/

la retórica del amante/ y hazlo venir a pie, desnudo, sin arrimo,/ a tu recio descampado./ Que pruebe a sostenerse ahí,/ que sienta tu frío,/ que vele” (Cadenas, 2000: 371).

Muy próxima en esencia al poema de Cadenas es la escena de uno de los momentos determinantes de la novela: el hombre, gateando sobre la cama, con la garganta maltrecha por un reciente asalto callejero, se acerca a la mujer que está sentada en una silla cerca de la ventana contemplando Madrid luego de haber encontrado las palabras justas para expresar lo que sentía. Desarmado/ desorientado/ desesperado, ante el recién pronunciado discurso de la mujer, el hombre le interrogará, ya hundido: “¿Es que ya no me quieres?” (Vegas, 2007: 140). Parece estar allí manifiesta esa última venganza (victoria) del amor a que hemos venido aludiendo, ese último recelo por conservar, a toda costa, su dignidad. Una victoria (una venganza) que resulta, por otro lado, más bien amarga, resentida, ignorante de esa belleza agazapada que es la fragilidad del desamparo y de esa desnuda vulnerabilidad que es, a fin de cuentas, el amor.

Pero esta historia (esta crisis) no es todo, porque sobre ella se advierte cernida la sombra del triángulo amoroso. Y será sobre ese triángulo amoroso que se esconderá uno de los más magníficos recursos de la estructuración y configuración de la trama. Paralelamente a la historia principal (en redondas) se ha ido tejiendo un correlato con fragmentos de la carta (en cursivas) de un socio del hombre, que irá acompañando el inicio de cada capítulo con sugerencias al itinerario de los viajeros: lugares, hoteles, restaurantes. La enigmática presencia de esta voz en primera persona en medio de una novela narrada en tercera produce una sensación de extrañeza al principio, como si se tratara de un relato desfasado, que ha ido siendo dosificado a lo largo de los capítulos, pero que luego viene a revelarse como un factor sorpresa (fundamental) que cambiará drásticamente la percepción que hemos venido teniendo de la novela.

Referencias

Cadenas, R. (2000). “Amante”. En *Obra entera*. México: Fondo de Cultura Económica. 371 p.

- Echevarría, I. (2009). "Matrimonio y narración" (en línea). *El Mercurio* (Santiago de Chile). 19 de julio. [Disponible en: [http://diario.elmercurio.cl/detalle/index.asp?id= {376d739c-b7c7-4dd9-adfd-b69a06819a87}](http://diario.elmercurio.cl/detalle/index.asp?id={376d739c-b7c7-4dd9-adfd-b69a06819a87})].
- Vegas, F. (2007). *Miedo, pudor y deleite*. Caracas: Alfaguara. 208 p.